

A esas horas de la noche, mientras jugueteábamos en aquella calle sin salida, fuimos atrapados sin remedio por su visión, una contemplación que nos acongojaba. Por el pueblo corrían rumores; mil historias diversas sobre la dueña de aquella casa maldita y en ruinas.

Esa atardecida, solidificada sobre el negro, caía una débil llovizna; la justa para calarnos hasta los huesos, pero no para desmontar nuestros rabiosos deseos de juego. Los impermeables y las botas de agua nos mantenían a salvo, pero nadie podía sospechar que estábamos en peligro.

. Observamos como la luz de la calle emitía una débil gasa de luz. Desde la farola descendía una enclenque luminiscencia de colores debilitados; recreaba un ambiente añejo, envuelto en un aura casi azafranado, ambarino. Incidía sobre el pavimento de piedra tosca y humedecida para proyectar sombras embrujadas y terroríficas sobre la fachada de la casa maldecida. Paramos nuestros juegos cuando de pronto se encendió una luz dentro de aquellas cuatro paredes que contenían el interior semiderruido del caserón, de fachada destrozada por el olvido y por ese tiempo descuidado que todo despedaza.

Ateridos por la humedad, pero también por la inquietud, pudimos vencer nuestros tiritones. Comenzamos a acercarnos hacia aquel radiante haz de luz que escapaba por las rendijas de unos ventanales mal cerrados, y cuyos portones aguantaban el paso del tiempo a pie desequilibrado, desvencijados. Acerqué mi ojo de crío curioso a una de las rendijas. La niñez es la única etapa de la vida que no aparta la mirada de la dirección que le indica la curiosidad, a pesar de que ella acarree en volandas un cargamento de miedo sobre miedo.

A medida que me aproximaba a sus dominios, sentía los vellos de mi cogote cada vez más erizados; se disponían como escarpas blandiendo al viento, en alerta

máxima. Fue entonces, al posar mi mano trémula sobre los barrotes fríos de la ventana, que mi boca comenzó a expeler un vaho impropio para la temperatura que a mí alrededor crujía. Mis amigos, no obstante, no lo escupían, y sólo estaban a un metro por detrás de mí. Acerqué mi cabeza hacia los portones y entonces... Tuve que apartar mis manos de las rejas a toda velocidad. Sentí una calida presión sobre ellas, y juraría que, al retirarlas de manera fulminante, los dorsos fueron arañados por unas uñas invisibles y espeluznantes que no querían dejarlas escapar. Vi sus rastros rojos sobre mi piel.

No quise decir nada. Mis amigos acompañaban en la distancia corta a mi acto de larga valentía, una bravura que comenzaba a comprimirse frente a una curiosidad que progresaba. Se impuso un silencio lóbrego, una mudez dilatada sobre la que ya reinaba en la calle. Lográbamos distinguir las respiraciones de nosotros tres con tal nitidez que podíamos otorgar propiedad sobre cada una de ellas de manera certera. Sin embargo, ese susurro debilitado y agónico...

El aliento vaporoso seguía acompañándome y tomó un denso sabor ceniza, agrio, como de sangre vieja y fría. Pero también ganó un inusitado hedor azufrado. Tiritábamos, comprimiendo velozmente nuestras pieles, y nos manteníamos a duras penas a pie firme. Entonces acerqué del todo mi ojo de mirada rectilínea y afilada sobre la grieta de la madera. Un lamento intenso cruzó por mi espalda, y un aleteo nervioso me avisó de su propietaria: una lechuza del cercano campanario. Para entonces yo había dejado de ser dueño de mi valor. No sé que fuerza me incitaba a seguir adelante; quizá la infancia, que por propia naturaleza e inercia desprecia todos los actos espantosos aunque se tenga miedo de acometerlos.

Ajusté mi pupila. Con la midriasis en plena ebullición, con los ojos abiertos de par en par, alcancé a ver aquella mecedora, una brillante y nueva mecedora, un radiante

balancín que se mecía solitario bajo la luz que caía del techo, desprendida de una bombilla que colgaba del viejo y podrido artesonado como un dedo acusador...

De pronto el vértigo recorrió mi piel. Sin que nadie la empujase, la mecedora comenzó a balancearse más deprisa, cortando el haz de luz que sobre ella caía, para fraguar sombras atropelladas sobre las paredes de la habitación. Fue en ese instante, mientras seguía el balanceo de la mecedora con mi vista hipnotizada, cuando sobre el tabique desconchado floreció una mácula con forma de figura femenina; alta, delgada, pero con un aspecto pasado de rosca, giboso y un tanto fatigado. De pronto, aquella imagen grabada en el muro abrió dos enormes ojos blancos y con sus dedos astillosos me invitó a pasar. Quise correr, pero mis pies cosidos al suelo impedían cualquier intento de evasión.

*Tú hubieras dado todo por no haber estado allí esa noche tormentosa. Entraste en tu casa. Soltaste el bolso de viaje. Habías suspendido un viaje en tren a la capital. Al cerrar la puerta, tras tu espalda quedó atrancada tu vida. Habías peleado con tu novio. Tener cierta edad y arrastrar el abandono de un pretendiente, suponía poco menos que quedar abocada a la soledad, a una condena a perpetuidad de rutina yerma. Pero tú ignorabas que dentro de tu hogar te aguardaba la fatalidad.*

*Anduviste el largo pasillo que unía el zaguán con tu dormitorio, y al que se asomaban a un lado y otro las distintas piezas de la casa. Lo hiciste con paso cansino; con la mirada perdida, como prendida de un punto inconcreto. Escuchaste un ruido ajeno. Seguiste andando. Volvió a escucharse un sonido inoportuno. La piel se te puso de gallina. Cuando quisiste volver sobre tus pasos, volviéndote rápidamente, una figura en penumbras te cortaba la salida hacia la calle. Estabas atrapada. Quiso gritar tu garganta. No podía; allí mismo se habían sofocado sus gritos, como el fuego que*

*asfixia fuego. Ninguna voz para pedir auxilio acudió en tu ayuda. Todo fue un veneno de silencio opresivo.*

*Sin perderle la cara a aquella fantasmagórica visión, retrocediste despacio, a media luz, a ciegas, palpando con la mano cualquier objeto que pudiese impedirte el avance de espaldas. Si lograbas entrar en tu dormitorio, allí quizá tendrías una oportunidad para sentirte segura. Atrancarías la puerta con el enorme cerrojo con el que velabas tus sueños desde que vivías sola. Sentías miedo, un pánico tremendo, pero no a morir sino al sufrimiento, pues la muerte, en tus nuevas circunstancias de mujer abandonada, suponía un libramiento de la vergüenza a la que serías sometida en el pueblo por esas lenguas viperinas que incitan a dar dentelladas sobre los sufrimientos ajenos para olvidar los propios. Sucedió en esos instantes, de golpe, sin tú esperar lo que te llegaba por detrás.*

*Te abrazaron por la cintura y a traición. Forcejaste. Gritaste, pero fue un lamento velozmente sofocado por la áspera palma de una mano. La reconociste al instante.*

*Fuiste levantada en volandas y llevada hacia tu cuarto de dormir. Trataste de zafarte de tu agresor. Inútil esfuerzo. Tirada sobre la cama, con las vestiduras arrancadas, al final te sometió a un abuso, a una salvaje violación. Después, lloraste y lloraste tu angustia, tu pena, tu impotencia. Cuando creías que la pesadilla había acabado, el criminal te dejó en manos de su compinche. El hombre, que estaba apostado, cortando el paso a la salida de la vivienda, accedió al dormitorio y siguiendo un acto animal, vil, bajuno y sanguinario, te forzó repetidas veces. Terminada la agresión, se subió los calzones y de uno de sus bolsillos extrajo una navaja.*

*La madrugada avanzaba. Tú permanecías desnuda. Aquel hombre te agarró por el cabello. A esa altura de la noche tú ya eras un pingajo, un desecho humano.*

*Apenas te restaban lágrimas en los ojos y tampoco tenías gritos por gritar. Él puso el filo acerado y frío de la navaja sobre tu garganta. Sin dudar, agarraste su muñeca, y en contra de lo que él pensaba que ibas a hacer apretaste contra ti misma, sin apartar la mirada del primer hombre que abuso de ti. Te degollaste. Antes de morir él se acercó a ti y te beso la frente. Tú atinaste a arañarle la cara. Cruzaste su mejilla de lado a lado con tus uñas largas. Lo dejaste marcado con varios arañazos y con una profunda herida que cicatrizó, dejándolo marcado de por vida.*

*Escondieron tu cadáver bajo las baldas de madera del pavimento del salón. Excavaron hondo. Tiraron tu cuerpo al interior de la zanja. Te cubrieron de arena. Volvieron a restituir el suelo de parquet de pino barnizado. Justo encima del lugar donde yacías enterrada colocaron una mecedora reluciente; un balancín que acababas de comprar y apenas disfrutaste. Estaba amaneciendo. Aun tuvieron tiempo los dos criminales para huir del lugar del crimen, amparados en el anonimato que se esconde bajo los últimos gabanes oscuros de los que estaba tratando de desprenderse la madrugada. Allí quedaste, más sola que nunca, durmiendo el tiempo de los justos.*

*No hubo coartada, porque jamás hubo crimen por investigar. La gente del lugar pensó que en lugar de encarar la vergüenza de una novia abandonada, tú preferiste la huida; antes partir lejos que afrontar un bochorno. Se habló de aquello durante largo tiempo, durante días, semanas, quizá meses y, tal vez, durante un año. Luego cubrieron el colchón de los cotilleos con sábanas de olvido.*

Nueve años después *Juanillo* recorría aquel pasillo. Lo hacía en compañía de sus amigos. Todos accedieron al interior de la casa maldita. Todos seguían a *Juanillo*. Este se adelantó un poco y entró en el salón. A su espalada la puerta se cerró con un gran estruendo. Estaba atrapado. La luz se encendía y apagaba. La mecedora no dejaba de balancearse y comenzó a dirigirse hacia él. El crío trataba de correr. Daba golpes en la

puerta. Gritaba. Los amigos, de idéntica manera, gritaban desde afuera, golpeaban la puerta, pero no conseguían abrirla. Al fin, la mecedora golpeo al niño y este calló sentado sobre ella. Fue entonces que la luz se apagó y el balancín comenzó a girar, dando vueltas inconexas. El crío lloraba, los amigos también. Todos pedían socorro a voz en grito. Nadie les oía. En la calle todo aparentaba normalidad. Un mulero regresaba con las bestias a unas cuadras vecinas y no presintió nada de la tragedia que se estaba desarrollando en el interior de la casa.

Una fuerza sobrenatural tiró a los dos amigos al suelo y comenzó a apretar la garganta de *Juanillo* quien seguía sentado en la mecedora sin poderse levantar. Sus manos estaban asidas a los brazos, agarradas a ellos cual si tuviese grilletes de los que no pudiese librarse. Parecía un reo en la silla eléctrica. Lloraba con una intensidad cada vez más débil. La fuerza que subyugaba su garganta comenzaba a surtir el efecto buscado: aniquilar la respiración. En la oscuridad, el niño empezó a ponerse rojo, después morado y los labios y uñas comenzaron a ganar un color azulado propio de la cianosis. Estaba asfixiado. Cuando cesó su vida todo volvió a la normalidad. Se encendió la luz. El niño yacía con una herida profunda en la mejilla, cruzándola de lado a lado. Parecía dormido. La herida no sangraba. Parecía como si hubiese comenzado una rápida cicatrización. Los amigos al verlo, y tocar su frialdad, corrieron despavoridos.

Cuando llegó la Guardia Civil al lugar del crimen, sólo pudo certificar lo que una firma médica avaló: muerte sin causa aparente. La herida que mostraba su rostro no era mortal de necesidad. Parecía deberse al rasguño profundo de una uña larga y dura. Cuando el juez ordenó el levantamiento del cadáver autorizaron al padre del niño a entrar a la habitación donde reposaba el cuerpo sin vida de su hijo. Hacía tan solo unos meses que perdió a su mujer en un trágico accidente con una maquina. Murió degollada. Ahora perdía a su único hijo. Lloró cuanto pudo al ver que su hijo tenía una cicatriz idéntica a la suya. Igual que la que ella le hizo antes de morir. Recordó la herida del cuello de ella y entendió la muerte de su esposa. Comprendió todo. El criminal, el cruel novio de la dueña de la casa maldita, pagó su deuda con la vida. Le devolvieron el pagaré que dejó en prenda: soledad.

Ella tenía otra vida que cobrar.